

EL GUARDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
SAN ANTONIO, TEXAS, MEXICO

EL GUARDA

Después de comer, se hablaba de aventuras y de accidentes de caza.

Un antiguo amigo de todos nosotros, don Bonifacio, gran cazador y gran bebedor, un hombre robusto y alegre, muy gracioso, de buen sentido y filósofo á su manera, es decir, con filosofía irónica y resignada, que á lo mejor se manifestaba por medio de salidas mordaces, pero nunca tristes, dijo de pronto:

—Yo también sé una historia de caza, ó, por mejor decir, un drama muy extraño. No se parece en nada á los otros, y por lo mismo no lo he contado jamás, creyendo que no gustaría á nadie.

No es muy agradable que digamos. Quiero decir

que no tiene ese interés que apasiona ó encanta ó agrada.

Helo aquí.

Tenía entonces treinta y cinco años y cazaba de continuo.

En aquella época poseía una propiedad muy aislada cerca de Jumiéges, rodeada de bosques y muy apropiada para la caza de liebres y de conejos. Pasaba allí cuatro ó cinco días cada año, solo, porque no había sitio para un amigo.

Tenía allí, de guarda, un antiguo gendarme, buen hombre, pero de genio violento, fiel guardador de la consigna, tremendo para los cazadores furtivos. Vivía solo, lejos de la aldea, en una casita ó barraca, compuesta de cocina y comedor en la planta baja y de dos habitaciones en el primer piso. Una de ellas, una especie de jaula donde cabían una cama, un armario y una silla, estaba reservada para mí.

El tío Cavalier ocupaba la otra. Diciendo que estaba solo en la casa, me he expresado mal. Habitaba con él su sobrino, un muchacho de catorce años que iba á la compra al pueblo, distante tres kilómetros, y que ayudaba al viejo en sus tareas cotidianas.

Ese pillastre, flaco, desmadejado, tenía unos cabellos amarillos tan finos, que parecían la peluca de una gallina plumada, y tan escasos, que parecía calvo. Poseía, además, unos pies enormes y unas manos gigantescas, manos de coloso.

Cojeaba un poco y no miraba nunca á nadie. Me hacía el efecto de uno de esos animales que hieden. Era como un zorro de la especie humana.

Dormía en una especie de agujero que había al final de la escalera que conducía á las habitaciones.

Pero durante mis cortas apariciones en el *Pabellón*—así le llamaba—cedía su camaranchón á una vieja cocinera que venía del pueblo para guisar, la tía Celeste, porque no me gustaban los bodrios del tío Cavalier.

Conocen ahora los personajes y el cuadro. Allá va la aventura:

Era el 15 de Octubre de 1854; no olvidaré jamás tal fecha.

Sali de Ruán á caballo, seguido de Bock, un panchón del Poitou, ancho de pecho y fuerte de boca, que les daba quince y raya á todos los perros de su casta.

Llevaba á la grupa mi maleta de viaje y mi fusil

en bandolera. Era un día frío, un día triste de mucho viento. Obscuras nubes se amontonaban en el cielo.

Subiendo la cuesta de Canteleu, miraba el ancho valle del Sena, que el río atraviesa hasta el horizonte, ondulando como una serpiente. Ruán, á la izquierda, levantaba todos sus campanarios, y á la derecha cerraban el campo visual los cerros lejanos. Atravesé luego el bosque de Roumare, tan pronto al paso como al trote, y llegué á las cinco al Pabellón, donde me aguardaban Cavalier y Celeste.

Desde diez años antes me presentaba de igual modo en el mismo sitio, y las mismas bocas me saludaban con las mismas palabras:

—Buenos días, señor. ¿Sigue usted bien?

Cavalier no había cambiado. Resistía al tiempo como un árbol añoso; pero Celeste, desde cuatro años atrás sobre todo, estaba desconocida.

Aun cuando era activa como antes, andaba de tal modo encorvada, que su busto formaba casi un ángulo recto con las piernas.

La pobre vieja, muy fiel, parecía siempre muy conmovida al verme, y me decía cada vez que me marchaba:

—Quizá es la última vez que nos vemos, señor.

Y el adiós desolado y temeroso de aquella sirviente, aquella resignación desesperada ante la muerte inevitable y próxima para ella, me conmovía cada año de un modo profundo.

Bajé de caballo, y mientras Cavalier, á quien había estrechado la mano, llevaba el caballo á la barraca que servía de cuadra, entré con Celeste en el comedor.

Al poco rato apareció el guarda. A primera vista noté que no tenía su aspecto habitual. Parecía preocupado, embarazado, inquieto.

Le pregunté:

—¿Cómo va esto, Cavalier? ¿Está usted contento?

Murmuró:

—De todo hay. Ocurre algo que no me place.

Pregunté:

—¿Qué le pasa, pues, hombre? Diga, dígame.

Meneaba la cabeza:

—Aun no, señor. No quiero molestarle con mis cuentos en seguida de llegar.

Incistí; pero se negó en redondo á explicarme nada hasta después de la comida. Sin embargo, por la expresión de su cara comprendía que la cosa debía ser grave.

No sabiendo qué decir, pregunté:

—Y ¿cómo vamos de caza? ¿La hay abundante?

—¡Oh! Ya lo creo; mucho, mucho. Hallará cuanto quiera. Gracias á Dios, tengo buen ojo.

Decía esto con tanta gravedad, con una gravedad tan desolada, que resultaba cómica. Sus gruesos bigotes grises parecían decididos á caer de sus labios.

De pronto recordé que aun no había visto á su sobrino.

—Y Mario ¿dónde está? ¿por qué no aparece?

El guarda tuvo una especie de sobresalto, y mirándome á la cara exclamó:

—Vaya, prefiero decirselo en seguida, señor; si vale más. Mario es el que me causa la pena que siento.

—Pues ¿qué ha ocurrido? ¿dónde está?

—En el establo, y esperaba ocasión oportuna para hacerle venir aquí.

—¿Qué ha hecho?

—Se lo diré, señor...

Pero el guarda vacilaba y tenía la voz ronca, temblorosa, la cara trastornada.

Añadió lentamente:

—Fíjese usted. Durante todo el invierno noté que

robaban leña en el bosque de Roseraies; pero no pude dar nunca con el ladrón. Pasé noches y noches en acecho. Nada. Y entonces empezaron á robar leña por el lado de Ecorcheville. Había para volverse loco. Pero era imposible dar con el merodeador. Diríase que conocía todas mis idas y venidas, todos mis proyectos.

Pero he ahí que un día, cepillando los pantalones de Mario, sus pantalones de los días festivos, hallé dos francos en su bolsillo. ¿De dónde habría sacado aquel dinero?

Reflexioné durante ocho días y noté que salía á menudo, y precisamente cuando yo iba á descansar.

Entonces me puse en acecho sin que él pudiera sospechar lo más mínimo. Y después de acostarme una mañana delante de él, volví á levantarme y le seguí. Crea usted que soy diestro en seguir á cualquiera, señor.

Y le sorprendí hurtando la leña de los bosques de usted, señor. ¡Y él era mi sobrino y yo el guarda!

Se me subió la sangre á la cabeza y no sé cómo no le maté, según la tunda que le dí. Sí, crea usted que sacudí de firme y le prometí que cuando usted viniera recibiría otra corrección, para escarmiento.

Crea que he pasado días muy tristes y que he enflaquecido. Un disgusto así es tremendo. Pero ¿qué debía hacer? El muchacho no tiene padres; no me tiene más que á mí. No podía arrojarle, ¿verdad?

Pero le he dicho que si vuelve á las andadas no habrá piedad para él. Eso es. ¿He hecho bien, señor?

Le tendí la mano y repliqué:

—Ha hecho usted bien, Cavalier; es usted un buen hombre.

Se levantó.

—Gracias, señor. Ahora voy á buscarle. Es preciso que le aplique una nueva corrección.

Sabía que era inútil tratar de disuadir al viejo de un propósito que hubiese formado. Dejé, pues, que obrara á su guisa.

Fué á buscar al pillastre y le trajo tirándole de una oreja.

Yo estaba sentado, con el rostro severo de un juez.

Mario me pareció crecido, más feo aun que el año anterior, con su aspecto socarrón y avieso.

Sus grandes manos parecían monstruosas.

Su tío le empujó hacia mí y dijo con su acento militar:

—Pide perdón al propietario.

El muchacho no despegó los labios.

Entonces, cogiéndole por el sobaco, el antiguo gendarme empezó á zurrarle de tal modo que tuve que intervenir para detener los golpes.

El muchacho chillaba ya:

—¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! prometo...

Cavalier le dejó en el suelo y obligándole á ponerse de rodillas:

—Pide perdón—dijo.

El pillastre murmuraba sin levantar los ojos:

—Le pido perdón.

Su tío le levantó, despidiéndole con un bofetón que por poco le hace caer de nuevo.

Escapó y no le vi en toda la velada.

Pero Cavalier parecía aterrado.

—Es un mal bicho—dijo.

Y mientras comimos repitió varias veces:

—No puede usted figurarse cuánto lo siento, señor; no puede figurárselo.

Traté, en vano, de consolarle.

Y me acosté temprano para levantarme con el alba.

El perro dormía ya al pie de la cama cuando apagué la luz.

Me desperté á media noche oyendo los ladridos feroces de Bock. Advertí en seguida que el cuarto estaba lleno de humo. Salté del lecho, encendí luz y abrí la puerta. Entró un torbellino de llamas. La casa ardía.

Cerré de nuevo la puerta y después de ponerme el pantalón y las botas bajé al perro por medio de una cuerda hecha con las sábanas, y después de arrojar por la ventana mis prendas de ropa y mi escopeta, salté á mi vez.

Empecé á gritar con todas mis fuerzas.

—¡Cavalier! ¡Cavalier! ¡Cavalier!

Pero el guarda no se despertaba. Tenía duro el sueño.

Vea, sin embargo, por las ventanas que toda la planta baja ardía, y que la habían llenado de paja para favorecer la combustión.

¡El incendio era intencionado!

Volví á gritar con furor:

—¡Cavalier!

Pensé entonces que el humo le asfixiaba. Tuve una inspiración y cargando mi escopeta de dos cañones disparé contra la ventana.

Los seis cristales cayeron hechos polvo dentro de la habitación. El viejo despertó. Y apareció en

camisa, asustado por aquella claridad de incendio. Le grité:

—La casa arde. Salte por la ventana, ¡aprisa, aprisa!

Las llamas, saliendo bruscamente por las aberturas bajas, lamían la pared, llegaban hasta él, iban á cerrarle el paso. Saltó y cayó de pie, como un gato.

Era tiempo. El techo crujió por el centro, sobre la escalera que formaba como una chimenea para el fuego de abajo; y un inmenso haz rojo se elevó por el aire, ensanchándose como el penacho de agua de un surtidor, y sembrando una lluvia de chispas en torno del pabellón.

Este, al cabo de unos momentos, sólo fué un inmenso brasero.

Cavalier, aterrado, preguntó:

—¿Cómo habrá prendido?

Yo contesté:

—Han pegado fuego á la cocina.

—Y ¿quién puede haber sido?—murmuró.

De pronto lo adiviné.

—Mario - dije.

El viejo comprendió.

—Sí, es posible. ¡Ah, canalla! He aquí por qué no ha vuelto.

Pero un pensamiento horrible me hizo gritar de pronto:

—¿Y Celeste? ¿Celeste?

No contestó, y en aquel momento la casa se hundió con estrépito, no formando más que una enorme hoguera, deslumbradora, sangrienta, una pira formidable donde la desdichada mujer debía estar convertida en una ascua roja, en una ascua humana.

No habíamos oído un solo grito.

Pero como el fuego amenazaba el cobertizo vecino donde estaba el caballo, Cavalier corrió á salvarle.

Apenas hubo abierto la puerta cuando un cuerpo ágil y rápido, pasándole entre las piernas, le hizo caer de bruces. Era Mario que huía á escape.

Cavalier se levantó al instante. Quiso correr para alcanzar al miserable; pero comprendiendo que no lo lograría y enloquecido por un furor irresistible, cediendo á uno de esos movimientos irreflexivos, instantáneos, que no se pueden prever ni contener, cogió mi escopeta que estaba en el suelo, apuntó, y antes que hubiese podido hacer un movimiento, disparó, sin saber siquiera si estaba cargada.

Uno de los cartuchos que había colocado yo es-

taba entero y la carga dió en la espalda del fugitivo, le derribó cubierto de sangre. Arañó el suelo con las manos y las rodillas, como si hubiese querido huir á gatas, bien así como las liebres heridas que ven venir el cazador.

Corrí. El muchacho estertoraba. Murió antes de haberse extinguido el fuego, sin pronunciar una palabra.

Cavalier, en camisa, con las piernas desnudas, estaba junto á nosotros, inmóvil, idiotizado.

Cuando llegaron los aldeanos, se llevaron á mi guarda, que parecía loco.

Me presenté como testigo en el proceso y conté los hechos, como acabo de contarlos, sin omitir detalle alguno. Cavalier fué absuelto. Pero el mismo día desapareció abandonando el país.

No le he vuelto á ver.

Esa es, señores, mi historia de caza.

EN EL BALNEARIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
1925 MONTANES, MEXICO

En el balneario

Diario del marqués de Roseveyre.

.....
12 junio 1880.—¡A Loeche! ¡Quieren que vaya un mes á Loeche! ¡Misericordia! ¡Un mes en esa ciudad que dicen que es la más triste, desolada y aburrida de las estaciones de aguas! ¿Qué digo ciudad? Es un agujero, apenas una aldea. ¡Me condenan á un mes de cárcel!

13 junio. — He meditado toda la noche acerca de ese viaje que me asusta. Sólo hay un remedio; llevarse una mujer. ¿Quizá me aburriré menos? Es probable, y de paso veré si ya estoy en disposición de casarme.

Un mes de vida común con una mujer, de intimidad completa, de charla diurna y nocturna. ¡Diablo!

Tomar mujer por un mes no es tan grave como tomarla por toda la vida; pero es ya mucho más serio que tomarla por una noche. Sé que podré despedirla mediante unos centenares de luses; pero entonces quedaré solo en Loeche, lo cual maldita la gracia que me hace.

La elección será difícil. No quiero ni una coqueta ni una boba. No he de aparecer ridículo ni avergonzado á causa de ella. Quiero que digan: «¡Qué suerte tiene el marqués de Roseveyrel!»; pero no que cuchicheen: «¡Pobre marqués!» Casi es preciso que mi compañera temporal tenga todas las cualidades de la definitiva. La única diferencia ha de consistir en la que media entre el objeto nuevo y el de lance. ¡Bah! Probaremos; voy á reflexionar.

14 junio.—Bertal... Ya dí con lo que buscaba. Veinte años, linda; sale del Conservatorio, en espera de contrata, futura estrella. Educación, modales, altivez, inteligencia y... amor, nada le falta. Es un objeto de lance que puede pasar por nuevo.

15 junio.—Está libre; no tiene compromiso de teatro ni de amor. Acepta. Yo mismo he encargado sus vestidos, á fin de que no parezca una perdida.

20 junio.—Basilea. Duerme. Voy á empezar mis notas de viaje.

Es graciosa, encantadora. Al salir á mi encuentro en la estación no la reconocía, pues estaba convertida en una gran dama. Sí; esta muchacha tiene porvenir... en el teatro.

Ha cambiado de actitud, de modales, de ademanes, de andares, de sonrisa, de voz; está irreprochable. ¿Y peinada? ¡Oh! Peinada de un modo divino, de una manera encantadora y sencilla, como mujer que no quiere atraer las miradas, que no ha de gustar á todos, cuyo papel ya no es seducir al primer golpe de vista á los que la ven, sino que quiere gustar á uno solo, discreta, únicamente. Y esto se descubría en todos sus ademanes. La metamorfosis me ha parecido tan completa y bien realizada que le ofrecí mi brazo como lo hubiera hecho á mi esposa.

Al estar solos en el cupé, permanecemos al principio inmóviles y mudos. Luego levantóse el velillo y sonrió... Nada más. Una sonrisa de buen tono.

¡Oh! Temía el beso, la comedia de la ternura; el eterno y vulgar fingimiento de las cortesanas; pero no; se abstuvo. Se conoce que es lista.

Luego hablamos algo así como unos novios jóvenes, algo como extraños. Me gustó aquello. Sonreía á menudo mirándome. Yo era entonces quien tenía ganas de besarla. Pero me contuve.

En la frontera un empleado abrió bruscamente la portezuela y me preguntó:

—¿Su nombre de usted, caballero?

Quedé sorprendido. Contesté:

—El marqués de Roseveyre.

—¿Adónde se dirige usted?

—A las aguas de Loeche, en el Valais.

Tomó unas notas y repuso:

—¿La señora es su esposa?

¿Qué hacer? ¿Qué contestar? La miré vacilando. Estaba pálida y miraba á lo lejos... Sentí que iba á ultrajarla gravemente. Además, era mi compañera por un mes.

—Sí, señor—contesté.

De pronto vi que se ruborizaba. Me sentí dichoso.

En el hotel, al llegar, el dueño le tendió el registro. Me lo pasó y comprendí que miraba lo que es-

cribía. ¡Era nuestra primera noche de intimidad!... Una vez vuelta la página, ¿quién leería aquel registro? Escribí: «Marqués y marquesa de Roseveyre, de paso para Loeche.»

21 junio.—Seis de la mañana. Basilea. Partimos para Berna. Decididamente tuve acierto en la elección.

21 junio.—Diez de la noche. Singular jornada. Estoy algo conmovido. Es tonto lo que me pasa.

Durante el trayecto hablamos poco. Ella se había levantado temprano; estaba cansada; dormitaba.

Apenas estuvimos en Berna quisimos contemplar el panorama de los Alpes, que yo no conocía, y paseamos por la ciudad como dos recién casados.

De pronto vimos una llanura desmesurada y allá á lo lejos, muy lejos, los glaciares. Vistos desde aquella distancia no parecían inmensos, y, sin embargo, me he estremecido. Un sol radiante nos iluminaba; el calor era grande. Las montañas de hielo permanecían frías y blancas. La Jungfrau, la Virgen, dominando á sus hermanos, mostraba su ingente masa de nieve, y todos, hasta donde alcanzaba la mirada, se erguían en torno de ella, á guisa de

gigantes de pálida cabeza, eternas cimas heladas que el sol poniente hacía parecer más blancas, como argentadas, destacándose del azur del cielo.

Su multitud inerte y colosal daba la idea del principio de un mundo nuevo y sorprendente, de una región escarpada, muerta é inmóvil, pero atrayente como el mar, rebosante de un poder de seducción misteriosa. El aire que había acariciado aquellas cimas siempre heladas, parecía llegar hasta nosotros por sobre de los campos raquíuticos y floridos, distinto del aire fecundante de las llanuras. Tenía algo de áspero y fuerte, de estéril, como un sabor de los inaccesibles espacios.

Berta, conmovida, miraba sin poder pronunciar una palabra.

De pronto me cogió la mano y me la estrechó. Yo mismo sentía en el alma aquella especie de fiebre, aquella exaltación que nos sobrecoge ante ciertos espectáculos inesperados. Tomé aquella manecita temblorosa y la llevé á mis labios, y la besé, ¿por qué no confesarlo? con amor.

Quedé algo turbado. Pero ¿por qué? ¿Por ella ó por los glaciares?

24 junio.—Loeche, diez de la noche.

El viaje ha sido delicioso. Pasamos doce horas

en Thun, mirando la ruda línea de montañas que al día siguiente debíamos atravesar.

Al salir el sol hemos atravesado el lago, quizá el más bello de Suiza. Nos esperaban ya los mulos. Nos sentamos en sus lomos y marchamos. Después de almorzar en una ciudad, empezamos á subir entrando en la garganta que asciende entre árboles, dominada siempre por las altas cimas. De trecho en trecho, en las cuestas que parecen bajar del cielo, se ven algunos puntos blancos, chalets edificadas allí como por milagro. Hemos atravesado torrentes y advertido á veces, entre dos cimas altísimas y cubiertas de pinos una inmensa pirámide de nieve que parecía tan próxima que se hubiera dicho que en veinte minutos podría llegarse á ella cuando en realidad se hubiera tardado más de veinticuatro horas en alcanzarla.

A veces atravesábamos caos de peñascos, llanuras estrechas sembradas de rocas desprendidas, como si dos montañas hubiesen reñido empeñado combate, dejando en el campo de batalla restos de sus graníticos miembros.

Berta, extenuada, dormía sobre su cabalgadura, abriendo de cuando en cuando los ojos para ver el paisaje, y yo la sostenía con una mano, contento al

sentir su contacto, de sentir á través de la ropa el suave calor de su cuerpo. La noche llegó; aun subíamos. Nos detuvimos á la puerta de una mísera hostería perdida en las escabrosidades de la montaña.

¡Hemos dormido! ¡Oh! ¡Dormido!

Al amanecer corrí á la ventana y lancé un grito. Berta vino también y quedó asombrada y encantada. Habíamos dormido en la región de las nieves.

En torno de nosotros había montes enormes y estériles, cuyos huesos grises salían de debajo del blanco manto, montes sin pinos, sombríos y helados, que se elevaban tanto, que parecían inaccesibles.

Una hora después de reanudar nuestra marcha, vimos en el fondo de aquel embudo de granito y nieve, un lago sombrío, negro, sin una arruga, y á lo largo de cuyas orillas anduvimos bastante rato. Un guía nos trajo varias edelweiss, la flor de los glaciares. Berta se hizo con ellas un ramito para el pecho.

De pronto, el desfiladero peñascoso se abrió ante nosotros, y vimos un espectáculo sorprendente: toda la cadena de los Alpes Piamonteses, más allá del valle del Ródano.

Las grandes cumbres dominaban de trecho en trecho las demás cúspides menores. Eran el monte Rosa, grave y pesado; el Cervino, erguida pirámide donde han muerto tantos hombres, el Diente del Mediodía, y cien otras puntas centelleantes como si fueran de diamante, á la luz del sol.

Pero, de súbito, el sendero que seguíamos se detuvo al borde de un abismo, y en su fondo, que tenía una profundidad de más de dos mil metros, encerrado entre cuatro muros rectos, pardos, amenazadores, en una sábana de musgo, vimos algunos puntos blancos que parecían un rebaño de carneros. Eran las casas de Loeche.

Fué preciso dejar los mulos porque el camino era peligroso. El sendero baja por entre las rocas, serpentea, da vueltas, va, vuelve, dominando siempre el precipicio y la aldea que va creciendo á medida que nos acercamos. Aquel es el que llaman paso de la Gemmi, uno de los más bellos, si no el más bello, de los Alpes.

Berta se apoyaba en mi brazo, lanzando gritos de alegría y de espanto, contenta y amedrentada á un tiempo como un niño. Cuando los guías se hubieron adelantado algo y estábamos ocultos por un gran peñasco, me besó. Yo la estreché...

Había yo pensado:

—En Loeche ya tendré buen cuidado de hacer comprender que no estoy con mi esposa.

Pero en todas partes la traté como tal, como si fuera la marquesa de Roseveyre. No podía ahora inscribirla con otro nombre. La habría herido cruelmente y era encantadora de veras.

Pero le dije:

—Llevas mi nombre, amiga mía; espero que te conducirás con extremada prudencia y discreción. Nada de relaciones, de conversaciones, nada de amistades. Deja que te crean altiva; pero haz de modo que jamás tenga que reprocharme lo que he hecho.

Me contestó:

—Pierde cuidado, Renatito.

26 Junio.—Loeche no es triste. No. Es salvaje, pero muy bello. Aquellas murallas de roca por las que saltan cien fuentes parecidas á cintas de plata; aquel ruido eterno del agua que se despeña; aquella aldea sepultada en el fondo de los Alpes, desde donde se ve, como desde el fondo de un pozo, el sol que atraviesa el espacio; el glaciar cercano, blanquísimo, en la gran quebrada del monte y aquel

valle lleno de arroyuelos, de árboles, de frescura y de vida, que baja hacia el Ródano y deja ver á lo lejos las cimas del Piamonte: todo aquello me encanta y enamora. Quizá si Berta no estuviese á mi lado...

Esa muchacha es una alhaja, más reservada y distinguida que una verdadera dama. Oigo que dicen:

—¡Cuán linda es la marquesita!...

27 junio.—Primer baño. Se baja directamente del cuarto á las piscinas, donde ya se remojan más de veinte bañistas, hombres y mujeres mezclados, con trajes de lana blanca. Unos comen, otros leen, otros hablan. Van empujando delante de ellos mesitas flotantes. A veces juegan de un modo que no siempre resulta muy decente. Vistos desde las galerías que rodean el baño parecemos grandes sapos chapuzando en un lebrillo.

Berta se ha sentado en la galería para hablar conmigo. La han mirado mucho.

28 junio.—Segundo baño; cuatro horas de agua. De aquí á ocho días los tomaré de ocho horas. Tengo por compañeros de baño al príncipe de Vanoris

(Italia), al conde de Lovenberg (Austria), al barón Samuel Vernhe (Hungria ó qué sé yo) y además unos quince señores de menos importancia; pero todos nobles. No hay quien no lo sea en los balnearios.

Todos me piden ser presentados á Berta. Yo contesto: «sí,» y me escabullo. Me creen celoso. ¡Qué tontería!

29 junio.—¡Diantrel! La princesa de Vanorís ha venido á encontrarme, deseosa de trabar conocimiento con mi mujer, cuando entrábamos en el hotel. He presentado á Berta, pero le he recomendado que procurara evitar encuentros con aquella dama.

2 julio.—El príncipe nos obligó ayer, casi á la fuerza, á que tomáramos el te en sus habitaciones, donde estaban reunidas todas las personas de más viso. Berta era la más linda y elegante de las señoras. ¿Cómo evitarlo?

3 julio.—Ellos lo han querido. Tanto peor. ¿Entre esos treinta hidalgos, hay diez que lo sean de veras? ¿Entre esas dieciséis ó diecisiete mujeres no habrá cinco ó seis que no estén casadas y entre las

casadas, serán irreprochables la mitad? Tanto peor para ellos y ellas. Fué culpa suya.

10 julio.—Berta es la reina de Loeche. Todos la adoran; se la disputan, la miman. A decir verdad, es muy graciosa y distinguida. Me envidian.

La princesa de Vanorís me ha preguntado:

—¿Dónde halló usted esta alhaja, marqués?

Ganas me daban de contestar:

—Primer premio del Conservatorio, sección de comedia, contratada para el Odeón, libre desde el 5 de agosto de 1880.

¡Qué cara hubiese puesto la noble señora!

20 julio.—Berta es verdaderamente sorprendente. Ni una falta de tacto, ni de gusto. Es un fénix.

• • • • •

10 agosto.—París. Se acabó. Estoy triste. La víspera de nuestra marcha creí que todos iban á llorar. Se decidió ver la salida del sol en el Torrenthorn y luego bajar á la hora de la marcha.

Emprendimos la subida á media noche, en mulos. Los guías llevaban faroles y la larga caravana se extendía por los senderos del bosque de pinos.

Luego atravesamos los pastos, donde las vacas corren en libertad. Luego alcanzamos la región de las piedras, donde hasta la hierba desaparece.

A veces, á derecha ó á izquierda, veíamos una masa blanca, un amontonamiento de nieve en un agujero de la montaña.

El frío era cada vez más vivo y hacía escocer los ojos y la piel. El viento seco de las cumbres nos secaba la garganta, trayendo soplos helados que recorrieron cien leguas de picos helados.

Cuando llegamos á lo alto aun era de noche. Preparamos las provisiones para beber champagne al apuntar el sol.

El cielo palidecía. Veíamos ya el abismo á nuestros pies y más arriba otra cumbre. El horizonte parecía lívido; pero nada veíamos aún claramente.

Pronto vimos á la izquierda una cima enorme, la Jungfrau, y después otra y otra. Aparecían poco á poco como si surgieran con el día. Y estábamos admirados de hallarnos entre aquellos colosos, en aquel paisaje desolado de eternas nieves. De pronto, enfrente, emergió de la obscuridad in desmesurada cadena del Piamonte. Otras montañas aparecieron al Norte. Era aquello el inmenso país de los altos montes de heladas frentes, desde el Rhindenhorn,

pesado como su nombre, hasta el fantasma apenas visible del patriarca de los Alpes, el monte Blanco.

Unos aparecían altivos y erguidos, otros acurrucados, algunos disformes; pero todos igualmente blancos, como si un Dios hubiese echado sobre la tierra montuosa una sábana inmaculada.

Unos parecían estar tan cerca, que se hubiera creído poder saltar hasta ellos; otros tan lejos que apenas se distinguían.

El cielo se puso rojo y todos se enrojecieron. Dírase que el cielo sangraba sobre ellos. Era soberbio, casi aterrador.

Pero pronto palideció la nube roja y todo el ejército de las cumbres tomó insensiblemente un tono rosado, un color de rosa suave y delicado como los vestidos de las niñas.

El sol asomó sobre la sábana de nieve. Entonces, de súbito, todos los glaciares fueron blancos, de un blanco reluciente, como si el horizonte estuviese poblado de cúpulas de plata.

Las mujeres, extasiadas, miraban, miraban.

Se estremecieron; acababa de saltar un tapón de champagne. El príncipe de Vanoris, presentando una copa á Berta, exclamó:

—¡A la salud de la marquesa de Roseveyre!

Todos gritaron:

—¡A la salud de la marquesa de Roseveyre!

Ella subió de pie sobre el mulo y contestó

—¡A la salud de todos mis amigos!

Tres horas después subíamos en el valle del Ródano al tren que debía conducirnos á Ginebra.

Apenas estuvimos solos, cuando Berta, que tan alegre y animada había estado hasta entonces, se puso á sollozar, ocultando el rostro entre las manos.

Me puse de rodillas junto ella:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le pregunté.

Balbuocéó llorando:

—¡Es... es... es que se acabó... el ser mujer honrada!

Estuve á punto de cometer una tontería, una gran tontería... No la cometí.

Dejó á Berta al entrar en París. Si tardo más quizá hubiera sido harto débil.

(El diario del marqués de Roseveyre no ofrece ningún interés durante los dos años que siguen. En la fecha 20 julio 1883 vemos las siguientes líneas:)

20 Julio 1883.—Florenca. Triste recuerdo acaba de asaltarme. Me paseaba por los Cassines, cuando una señora hizo detener su coche y me llamó. Era

la princesa de Vanoris. Apenas estuve á tiro de voz, me dijo:

—¡Oh, marqués, querido marqués, cuánto me alegre de verle! Deme, deme noticias de la marquesa; es la mujer más encantadora que he conocido.

Quedé sorprendido, sin saber qué contestar y sintiendo honda emoción. Balbuocéé:

—No me hable usted nunca de ella, princesa, hace tres años que la perdí.

Me cogió la mano.

—Crea que le compadezco, amigo mío.

Nos despedimos. Entré en la fonda triste y descontento, pensando en Berta, como si acabáramos de separarnos.

¡El destino se engaña bien á menudo!

Muchas mujeres honradas habían nacido para ser rameras, y lo prueban.

¡Pobre Berta! Cuántas otras nacieron para ser honradas... Y aquella... más que otras... quizá... En fin, no pensemos más en ello.